

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

Una noche de Pascua bajo Nerón

Una tarde de abril, en la campiña romana. La naturaleza, al declinar el día, tenía una serenidad y una calma divinas. Allá abajo, muy lejos, el círculo inmenso de las montañas sabinas cerraba el horizonte cual collar de prodigiosas amatistas, pues los rayos del sol poniente las bañaban con fulgores de oro y púrpura. Acá, a lo largo de la vía Appia, matas de lirios y de botones de oro vestían las negras tumbas consulares con risueño atavio. La brisa del mar sacudía las niveas flores de los almendros y de los cerezos, y los blancos copos caían en lluvia embalsamada sobre las frentes de mármol de las cabezas augustas y melancólicas, alineadas a lo largo de la avenida funeraria.

Aquí y allá, en los macizos de flores, en los sombríos penachos de los cipreses, poco a poco se amortiguaban los cantares de los nidos; numerosos grupos de golondrinas venidas de la costa de Nápoles, revoloteaban bajo las nubes de un azul pálido, y posábanse en las crestas de los acueductos antiguos. Las torres, las cúpulas y las altas murallas de Roma parecían agitarse bajo un velo de vapores luminosos. Paz sagrada descendía del cielo a la tierra.

* *

A esa hora, dos caballeros se encaminaban lentamente a Roma, por la vía Appia. El uno era un personaje de grave y triste faz, avanzada edad, cuyo vestido y aspecto denunciaban al patricio romano de alto rango, procónsul o legado del emperador, más bien que Capitán. El otro, joven, de más militar talante, escoltaba con familiaridad respetuosa al magistrado imponente.

El rostro de este último, por la arruga profunda que surcaba su frente, la lasitud habitual de la mirada, el pliegue amargo de su boca, atestiguaba un sufrimiento del alma, tal vez el remordimiento de una muerte que el tiempo pudo debilitar, pero que no debía borrar jamás.

Cinco o seis esclavos a caballo, seguían a corta distancia a los dos caballeros.

Distinguan ya perfectamente la puerta Capena abierta en la muralla secular:

—Tío mío, dijo el joven, ¿veis todo aquel mundo de gente que pasa al través de la campiña, aquellos que van aislados y se dirigen al camino subterráneo del yermo a nuestra izquierda? ¿Conspiran ya contra César Nerón, según costumbre de los imperios sabiamente organizados?

—¡Cállate, aturdido! replicó el patricio. Los esclavos que cabalgan a nuestras espaldas tienen oídos... y hasta las tumbas que orlan el camino.

Sin embargo, el noble caballero observaba atentamente las sombras errantes bajo el claro crepúsculo primaveral. Repentina emoción nubló su rostro, y dijo a su sobrino:

—Vamos nosotros hacia el misterioso camino.

A la entrada de un estrecho pasadizo que se internaba a gran profundidad debajo de tierra, el anciano bajó del caballo.

—Sextus, dijo al joven, tú me esperarás en este sitio con mis servidores, y por larga que sea mi ausencia, te prohíbo que penetres más adelante.

Y avanzó con paso tranquilo, guiado por la marcha de los paseantes extranjeros que le precedían a través de las tinieblas. Bien pronto, oyó el rumor vago de una muchedumbre, de vez en cuando un canto de voces suplicantes, un grito de alegría, después una palabra sola resonaba en medio del religioso silencio de la asamblea. De pronto, rojizos resplandores alumbraron a los fieles del subterráneo, un fresco olor a follaje y a flores se exhaló bajo la bóveda, y el patricio llegó al dintel de una vasta sala iluminada por centenares de lamparitas de arcilla, y adornada con jacintos y jazmines. Nadie reparó en la entrada del desconocido; nadie, sino el hombre que sentado en un escabel elevado, parecía el maestro, el sacerdote y el padre: Pedro, príncipe de los apóstoles y jefe de la Iglesia; palideció y cerró los ojos, como para reconcentrarse en un recuerdo doloroso; enseguida con gesto casi imperioso, mostró al

visitante inesperado un asiento vacío en medio de un grupo de artesanos.

El patricio se sentó entre un batero del Tíber y un herrero del Esquilino.

Y la augusta liturgia prosiguió.

Los hombres del pueblo y los soldados, las damas de nombre ilustre en la historia de Roma y los esclavos de los Galos y de los Sirios escuchaban recitar a un joven diácono el Evangelio popular de la Pasión y de la Resurrección, el drama sacrilego, el milagro triunfal del cual Pedro celebraba la conmemoración, en aquella tarde de primavera, en el fondo de las catacumbas. El diácono rememoraba el sudor de sangre en el jardín de los Olivos, la traición de Judas, el paseo trágico de Jesús a través de Jerusalén, el pretorio de Anás, la casa de Caifás, y mientras a la faz de los fieles de Roma, Pedro lloroso, humillado se golpeaba el pecho recordando su negación al maestro.

El diácono evocó el escenario del pretorio imperial, las vacilaciones y la debilidad de Pilatos, el grito terrible de la multitud:

—¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Después, la flagelación y la corona de espinas colocada en la ensangrentada cabeza de Jesús, el cetro de caña y el manto de púrpura, toda la ferocidad, toda la cruel ironía de Israel parricida.

—Escuchad, decía el diácono, el testimonio de Juan el discípulo muy amado. Ellos le saludaban rey de los Judíos y le daban bofetadas. Pilatos salió por segunda vez y les dijo: «Vedle aquí, yo os lo traigo para que reconozcais que no encuentro en él ningún crimen. Jesús salió, pues, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilatos dijo: «¡He aquí al hombre!»

En este momento, el noble romano se cubrió el rostro con un pliegue de su toga y agachó la cabeza casi hasta tocar sus rodillas.

Quedó así inmóvil largo rato. De repente se enderezó como salido de un sueño, a los acordes de un canto de alegría. El aleluya de Pascua resonaba en las catacumbas, estrepitoso cual las trompetas de cien arcángeles.

A una señal de Pedro, un fiel se levantó en la asamblea y fué a colocarse

de pié a la derecha del primer obispo de Roma.

—Habla, le dijo Pedro, dá tu testimonio.

Ese fiel era uno de los discípulos de de Emaús. Contó el encuentro glorioso con Jesús resucitado, en una tarde igual a la de aquel día, en un camino desierto de Palestina. El acompañó a a los peregrinos, ligero como una visión y ellos no lo reconocieron.

—¿Porqué estáis tan tristes? les preguntó.

Y ellos le confesaron la causa de su tristeza, la muerte de Jesús Nazareno, de Jesús el gran profeta, a quien los sacerdotes habían traicionado y a quien los romanos habían crucificado.

—Nosotros esperábamos, le dijimos que rescataría a Israel. más desde hace tres días, todo ha acabado. Las mujeres nos han asustado contando que antes que rayase el día estuvieron en su tumba, y que no encontraron el cuerpo, pero que vieron a dos ángeles que les anunciaron: «El ha resucitado» Y nuestro compañero de peregrinación, explicándonos las escrituras, se dignó proseguir la ruta hasta más allá del castillo, a donde debíamos pasar la noche. Condescendió en entrar en Emaús y comer con nosotros. Y he aquí que El bendijo el pan, lo partió y nos lo dió. Entonces reconocimos al Salvador, y mientras nos prosternábamos para adorarlo, se desvaneció a nuestra vista.

De nuevo el aleluya pascual resonó en las catacumbas. A su vez el Apóstol se levantó y habló.

—¡Oremos hermanos míos!

—¡Amén! respondieron los cristianos.

—¡Roguemos por los Judíos ciegos, que no han comprendido la venida del Mesías; roguemos por nuestros padres de la antigua ley, la ley de Abraham, de Moisés y David. Roguemos por los gentiles a fin que ellos reciban la buena nueva, roguemos por el emperador pagano por Jerusalén, por toda la posteridad de Adán. Rogad por mí hermanos míos, a fin de que el Señor me perdone. Rogad por vosotros mismos a fin de que El os dé la firmeza en la fé, la constancia en la persecución y el valor frente al martirio!

—¡Amén! ¡Amén! respondieron los fieles.

—Y rogad por este hombre, exclamó con voz tonante el pescador de Galilea, volviéndose hacia el desconocido, cuya toga estaba galoneada con una franja de púrpura.

Entonces el discípulo de Emaús miró al extranjero y todo tembloroso pronunció su nombre que hizo estremecer a la comunidad. Las mujeres se desmayaron, los niños se arrojaron desatinados en brazos de sus padres. Y Poncio Pilatos avanzó hacia el apóstol.

Habló en medio de un silencio sepulcral. Afirmó el sincero deseo que tuvo de salvar al Nazareno, la impotencia en que el furor del pueblo y de la sinagoga lo colocaron para arrancar

a Jesús de la estrechez de la ley judaica; su deber de magistrado romano de prevenir una rebelión contra Roma: en fin, la amargura de sus recuerdos y la turbación de su corazón, desde el día aquel.

—Tú no tienes que disculparte le respondió Pedro. Ninguno entre nosotros te ha acusado, pues el Señor ha perdonado a sus verdugos y acabamos de rogar por tí. Y por otra parte, el misterio de misericordia y de amor vá a celebrarse.

Dos adolescentes presentaron al obispo dos canastillos de panes. El obispo los bendijo, los partió y dió a los fieles. ¡Otra vez todavía resonó el aleluya! La comunidad empezó a dispersarse. Los cristianos pasaban al lado de Pilatos sin cólera, con cierto respeto. ¿No era él, no obstante su falta, uno de los más grandes testigos de la redención?

Pilatos salió, con paso mesurado, de las catacumbas embalsamadas de flores. Sextus y los esclavos lo esperaban en el paraje en que los dejara; volvió a montar a caballo, entró en Roma, y se retiró a su palacio sin responder una sola palabra a las preguntas de su sobrino, con la mirada más cargada de tristeza, más doloroso el pliegue de su boca, y la cabeza caída sobre el pecho

Emile Gerhart.

La muerte del hechicero

Llamábase... No recuerdo su nombre, amnesia colonial, sin duda...

Le conocí el año 1919 en un pueblo de Madagascar. Representáos un mocetón de formas atléticas, de mirada dura... Todo lo necesario, en fin, para inspirar terror. Bien supo el aprovecharse de ello, y no tardó en adoptar el lucrativo oficio de hechicero. Se hizo hechicero ambulante, viajando de pueblo en pueblo. Si hemos de dar crédito a sus palabras, él era quien hacía crecer el arroz, quien curaba a las mujeres y hacía poner a las gallinas.

Su comercio fué pronto floreciente, y al cabo de algunos años, se encontró en posesión de una pequeña fortuna.

Cierto día cayó entre sus manos un catecismo. Lo leyó impulsado por la curiosidad. Poco a poco sintióse atraído por aquella novedad, en la que descubrió algo así como una revelación de Dios... Hombre de resoluciones rápidas, vino a hacerse inscribir entre los catecúmenos. Esto como he dicho, ocurrió el año de 1919...

Pronto pude observar que, no obstante su celo y aplicación al estudio del catecismo, y a pesar de su asiduidad en la oración, continuaba siendo para los cristianos el terrible hechicero, al que nadie se acerca sin temblar. Por esto ninguna mujer consentía en ser su esposa; habitaba, pues, solo, obligado a guisarse él mismo la comida y a lavarse la ropa. Por mi parte, tampoco me fiaba de aquel hechicero cuya vida pasada me era poco conocida. A cada uno de mis viajes a Navana, donde residía, la cuestión del bautismo de nuestro hombre se aplazaba... para más adelante... El aceptaba sin murmurar este continuo apla-

zamiento, y continuaba estudiando fielmente su catecismo.

Un día tuve una terrible crisis hepática. En vez de ir en busca del médico, mis pobres cristianos, arrodillados en torno de mi lecho, rezaban el rosario... Querían ayudarme a bien morir, porque, a juicio suyo, no podía tener otro resultado mi dolencia. El hechicero, recordando que había curado muchas enfermedades, pretendió conocer la mía. Según él, lo que yo padecía era el *atodin-tazo* (el ojo de la fiebre), que residía en el hígado, y que era preciso aplastar... Agradecí vivamente al exhechicero su solicitud y conseguí por fin, que avisaran a un médico europeo, que hizo desaparecer el «ojo de la fiebre», sin aplastarlo... El estado de mi salud exigía mi inmediato regreso a Europa, tras de 16 años consecutivos de permanencia en Madagascar.

Cuando volví supe que el famoso hechicero había muerto; he aquí en que circunstancias:

De hechicero habíase transformado en agricultor, y cuidaba amorosamente su plantación de vainilla, en un delicioso rincón de la bahía. Un día cayó enfermo, y, por falta de cuidado y medicamentos, el mal no tardó en adquirir graves proporciones. Se sintió perdido. No tenía ciertamente miedo a la muerte; pero no quería comparecer en la presencia de Dios sin haberse hecho su hijo, mediante el bautismo.

—No conociendo a ningún católico en su apartada aldea, apeló a los protestantes, que se negaron a bautizarle... Los paganos, a quienes hizo llamar y a los que les explicó el modo que tenían de valerse para bautizarle, se negaron igualmente. temiendo atraerse sobre ellos y sus familias, la venganzas de sus fetiches...

Agotados ya todos sus recursos, y sintiendo que la vida se le escapaba, reunió sus últimas fuerzas y trató de trazar sobre su pobre cuerpo la señal de la cruz... Llevó su mano a la frente, luego al pecho... pero no pudo alcanzar el hombro izquierdo, y entregó su alma en aquel acto supremo de fe y de valor.

¿Qué pasó entre Dios y el antiguo hechicero del pueblecito de Navana?... Lo ignoramos, pero fácil nos es presumirlo.

Lo que si puedo afirmar es que aquella muerte no ha sido infecunda. Actualmente Navana posee una iglesia y una floreciente cristiandad.

Mártires y suicidas

¿Qué es el martirio? El valor de la muerte.

¿Qué es el suicidio? Miedo a la vida. El primero es el espíritu esforzado que se adelanta a los peligros y desafía los tormentos.

El segundo es el corazón cobarde que huye de las tribulaciones de la vida.

Si el martirio es el valor supremo, el suicidio es la suprema cobardía.

El mártir sonríe al morir, el suicida tiembla al matarse.

Al martirio se va por el camino de todas las virtudes, al suicidio se llega por la pendiente de todos los vicios.

LAS PLAYAS

Otra vez la moralidad en las playas es tema para comentar entre los modernistas de verdad y los modernistas de ocasión.

El problema debe de ser de fácil solución. Las personas por sí solas son las encargadas de clasificarse. Ellas mismas delimitan su campo: el grupo de las mujeres honradas y el grupo de las que no lo quieren ser.

Las primeras no necesitan de disposición alguna de la autoridad para saber cual ha de ser su aptitud en las playas por el verano. Ellas saben muy bien, hasta donde ha de llegar la mujer que tiene concepto de la honradez y de su dignidad femenina, sin que por ello se perjudique la elegancia o el buen gusto. Las segundas, no deben ser tenidas en cuenta, sino, simplemente separarlas de la sociedad, por una cuestión de gusto, de estética y de respeto a las personas decentes, que son mayoría.

Además, las madres, los padres, los hermanos, no permitirían que sus familiares queridos sean confundidos, en las playas veraniegas, con esas otras mujeres a quienes se mira con lástima o compasión.

Como las clases humildes suelen copiar siempre de las clases altas de la sociedad, nada mejor que lo que se suele llamar «buena sociedad» dé un buen ejemplo para que sea tomado en consideración por las demás. Por lo tanto, si la «buena sociedad» es honrada y se presenta decentemente en las playas, las consecuencias serán apreciadas sin necesidad de órdenes autoritarias ni coactivas, pero si, por desgracia, la llamada «buena sociedad» no impone normas de buena conducta y de honorabilidad, entonces..... confiemos en las autoridades que nos gobiernan y en el exacto cumplimiento de sus disposiciones y celo de sus guardadores públicos.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Nuevamente Jesús de Nazaret, atravesó el Jordán y se acercó a los confines de Judea. Y como de costumbre, también le siguieron las muchedumbres de otras veces y púsose de nuevo a enseñar y curar a los enfermos.

«Entonces unos fariseos se le acercaron para tentarle y le dijeron: —¿Es lícito al varón repudiar a su mujer por cualquier causa?»

Quisieron los fariseos obligar a Jesús a decidirse por una de las escuelas que se debatían por aquel entonces interpretando los libros sagrados, y estaban muy lejos de esperar la sentencia que salió de los labios del Señor.

—¿No habeis leído, les dijo, que quien hizo al hombre desde el principio de la criatura, los hizo varón y hembra? y añadió: por ésto dejará el hombre a su padre

LAS DOS CAMPANAS

*Alegre son de campana
que te perdiste en el viento
anunciando una mañana
el albor de la temprana
rosa de mi nacimiento.*

*Tu sonar repercutía
con su tono alegre y seco
un día tras otro día,
y yo acompañé a su eco
toda la existencia mía.*

*Era alegre tu sonido,
y mi vida siempre fué
alegre como el tañido
que todo el tiempo escuché
cantando junto a mi oído.*

*Y fuiste tan familiar,
y tan hermanada fuiste
con mi vida, que al marchar,
cuando desapareciste,
mi vida quiso cambiar.*

*Porque una mano enemiga,
en una noche de intriga,
y con valor temerario,
que Dios confunda y maldiga,
te arrancó del campanario.*

*Y mi vida, que al compás
funcionaba de tu son,
desde ese día, jamás
logró sentir el zis-zas
del latir del corazón.*

*Desaparecido y muerto
tu sonido en lontananza,
vivo en la paz del desierto
soñando, estando despierto,
con la luz de una esperanza.*

*Jamás te volveré a oír
en mi oído repicando
como te escuchaba cuando
me dejaba conducir
donde me estabas llamando.*

*¿Qué voz será la que atruene
en la torre cuando yerto
mi cuerpo, y frío, se ordene
que tu bronce recé y suene
y llore tocando a muerto?...*

*Hermenegildo RODRIGUEZ
Gijón, Julio 1944*

y a su madre, y se adherirá a su mujer y los dos serán una misma carne. Pues lo que Dios juntó no lo separe el hombre.

Hasta la predicación del Evangelio por Nuestro Señor Jesucristo, la vida familiar había llegado a un grado tal de desorganización que andaba muy lejos de ser lo que había sido señalado en los principios del mundo. La indisolubilidad del matrimonio era una palabra vacía de sentido. La incompatibilidad de carácter, el capricho o cualquier motivo baladí era causa suficiente para adquirir nuevamente la libertad y contraer nuevas nupcias. Llegándose a tales excesos que un escritor dea quel tiempo dice en cierta obra famosa: «numerosas mujeres podrían contar sus años, no por el número de consules, sino por el número de sus esposos.» La poligamia existía en muchos pueblos y entre otros abusos del matrimonio existía el abuso de la autoridad del marido: la mujer era considerada como sirviente o como esclava y respecto de los hijos su tiranía era mucho

mayor, podía rechazarlo al nacer arrojándolo a la calle y si lo aceptaba como hijo, podía venderlo, castigarlo, encarcelarlo y hasta conducirlo a la muerte.

El matrimonio pagano no era más que una unión sin estabilidad, sin garantía y sin honor. Y ésta inestabilidad y desorganización en el matrimonio trajo como consecuencia la corrupción de costumbres y la desarticulación de la vida familiar, y como consecuencia la destrucción de la sociedad que había llegado a tal apartamiento de los principios religiosos.

Jesús de Nazaret vino a rehabilitar a la mujer, a restaurar las normas cristianas del matrimonio, a reorganizar la familia y fortalecer por tanto la vida de la sociedad.

¿Viven actualmente, las familias cristianas, la vida matrimonial que corresponde a sus creencias religiosas y a la fé que confiesan públicamente?

¿Es vida familiar cristiana, la desunión del marido y la mujer, la despreocupación que se tiene para con los hijos, las relaciones ilícitas de los esposos que tratan de justificar por un absurdo modernismo, y que un elemental sentido común nos dice que no es religioso ni varonil tampoco, consentir el descarado flirteo de la esposa...? ¿y es acaso cristiano, aunque la sociedad elegante lo justifique, la vida licenciosa del marido que con desconsideración completa para su mujer alardea públicamente de sostener relaciones amorosas con esas otras mujeres... que el dinero, el lujo o la miseria arrojaron a la vida, para satisfacer caprichos del hombre de «la buena sociedad»?

¿Es acaso cristiano el plan de vida que las chicas de cualquier clase social, llevan a cabo casi todos los días, horas y horas lejos de sus casas, en excursiones extrañas por los alrededores, facilitadas por los modernos medios de locomoción que la tolerancia social les ha concedido y cuyas consecuencias lamentan después los padres... que nada sabían de la vida de sus hijas...?

¿Es acaso cristiana la vida familiar de esos hijos de padres católicos, que jóvenes aún, administran ellos sus sueldos, ajenos sus padres al resultado de ésta administración y cuyas llegadas matutinas a la casa paterna encuentran un gesto de «comprensión» en el padre y tal vez una ligera protesta de la madre?

¿Es que la sociedad familiar que así se conduce no llegará forzosamente a ser lo que era en la época en que la Roma de los Césares [destrozada y deshecha por la corrupción y el vicio fué aventada en cenizas al soplo del primer huracán...]

En el mundo, el huracán sopla con fuerza sobrehumana. Uno a uno los pueblos van sufriendo el castigo a sus pecados. El fuego de la guerra va purificando las sociedades que el apartamiento de Dios había corrompido.

En España, nuestro Caudillo, ha sabido prudentemente y sin menosprecio de nuestra dignidad nacional, mantenernos al margen de la gigantesca hoguera en que arden casi todas las naciones, pero hemos padecido ya una dolorosa experiencia que debe servirnos de meditación y acercarnos a Dios de continuo para rogarle que no permita que la sangre de los españoles sea de nuevo

derramada, pero son nuestras oraciones y nuestra religiosidad en todos nuestros actos los que pueden librarnos de tan espantoso azote. Pero en modo alguno, provoquemos las iras de Dios con nuestra paganizada vida, porque si su misericordia es mucha también es grande su justicia.

Jesús de Nazaret, bien claro les dijo cual era la doctrina que debían de seguir y que sobre ella no había discusión alguna.

La indisolubilidad del matrimonio, la cristianización de la vida familiar y la no repudiación de la mujer por motivo alguno, eran los fundamentos de la doctrina que Cristo daba como norma a los hombres todos.

Y con esto Jesús se fué a su casa. La sentencia era clara y la entendieron bien los oyentes. No obstante de vez en cuando Dios había de verse obligado a enviar a la tierra, fuego del cielo, para purificar de nuevo su doctrina porque los pecados de los hombres....

R.

El necio se conoce en seis cosas

En encolerizarse sin motivo.
 En hablar sin provecho.
 En cambiar de opinión, sin razón alguna
 En preguntar sin objeto.
 En fiarse de un extraño.
 En no distinguir los amigos de los enemigos.

A nuestros lectores

Cada día aumenta el número de peticiones de periódicos para Escuelas y Catecismos a los cuales no podemos complacer por no permitirlo nuestras disponibilidades económicas.

Quincenalmente se envían algunos centenares de periódicos a las Escuelas de Gijón y algunos Catecismos, pero nos vemos obligados a alternar en el reparto para que a todos llegue de vez en cuando este periódico.

Los suscriptores que quieran participar en ésta labor de apostolado, tienen un medio muy eficaz si nos facilitan los medios económicos que precisamos para poder complacer a todos y que en la mayoría de las Escuelas y Catecismos puedan sus alumnos llevar quincenalmente a sus casas el periódico católico.

Aunque sea con una cooperación mínima, facilitará el reparto de algunos números más de los que actualmente se pueden destinar a propaganda.

Ya recibimos de algunos suscriptores valiosísima ayuda, pero ésta no representa más que una parte pequeña de las demandas que se reciben frecuentemente de Escuelas y Catecismos y a los que no podemos atender.

La Administración

Correspondencia administrativa

«Madigar».—Oviedo.—Recibido su carta y ptas. 26, importe de su suscripción hasta fin de abril de 1945.

Hemos cumplimentado sus deseos y le agradeceríamos nos diese nuevas órdenes que favorecen y facilitan nuestra propaganda.

D.^a M. C.—Mieres.—Pagó fin de enero del año 1945.

Srta. M. P.—El Escorial.—Recibido el importe de su suscripción por mediación de la Srta. N. quedando pagado hasta fin de junio de 1945.

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
 Sellos de caucho
 Rótulos esmaltados

Santa Rosa, 4 - Gijón

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 — GIJÓN — Telf. 17-2
 SERVICIO PERMANENTE

DIGESTION FACIL SIN MOLESTIAS NI DOLOR

Una digestión normal, sin molestias ni dolor, es el secreto de buena nutrición y asimilación y por tanto del equilibrio de la salud. Si sus digestiones son pesadas, dolorosas, si tiene Vd. malestar o somnolencia después de comer, la Especialidad HAMON n.º 13, tratamiento vegetal conocido ventajosamente por sus resultados en todas partes desde hace 35 años, hará que sus digestiones sean normales ayudando a normalizar el funcionamiento de su estómago.

Las especialidades HAMON

preparadas en Laboratorios Botánicos y Marinos, Rda. Universidad, 6, Barcelona, se encuentran en las principales Farmacias. (C. S. n.º 4445.)

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 - GIJON - Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA · LANERÍA
 CONFECCIONES · ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
 (edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓDICO

Imp. LA VERSAL - Gijón